



Pocholo 10 CIMS.

Año I

Redacción y Administración: Casanova, 55 y 57 - Barcelona

Núm. 9

UN BUEN DOMADOR



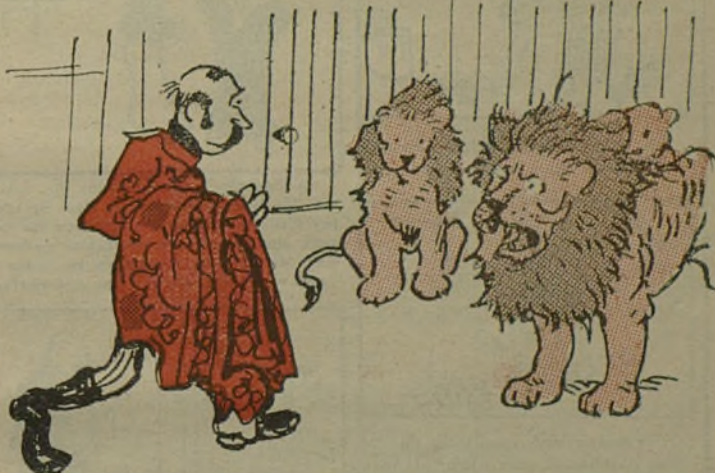
Emerenciano, el domador, tuvo un día la desgracia de que se le muriesen sus tres leones, no se sabe aún si por escasez de comida o bien porque los tres fueron atacados de sarampión.



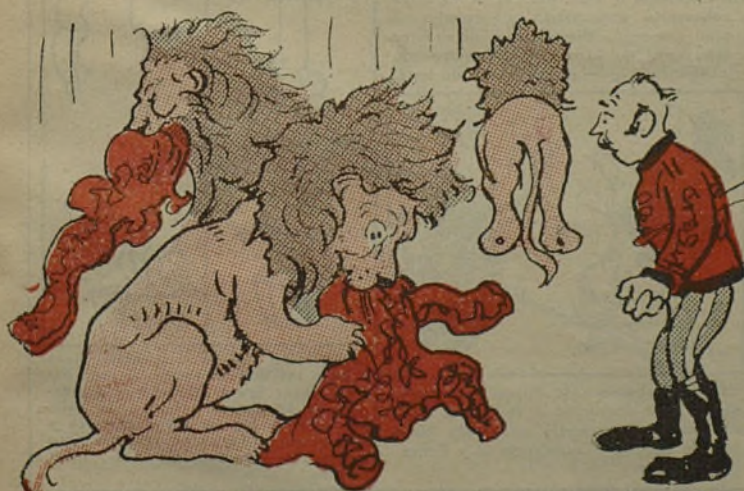
Entonces el buen hombre, para no verse obligado a cambiar de oficio y poder conservar la fama que había adquirido, decidió a escribir a un amigo suyo que residía en Africa, para que le enviase otros tres leones, lo más dóciles posible.



Cumplió aquel el encargo y al cabo de poco tiempo recibía Emerenciano otros tres felinos, enormes de grandes, que al verle rugieron de tal manera, que al domador se le puso la piel de gallina, sin llegar a comprender si aquellos rugidos querían ser un saludo africano o un toque de atención para el



Por si fuese lo primero, correspondió Emerenciano con una ligera inclinación y por si otra cosa quisieran significarle los dichos animales, se puso a discurrir algún medio para evitarse posibles zarpazos u otras consecuencias.

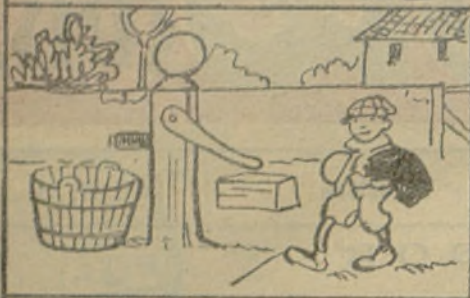


Así se le ocurrió al domador servir a los leones como único alimento durante quince días todas las levitas cubiertas de galones y dorados que guardaba y los pobres animales quedaron al último tan hartos de aquel manjar y se sintieron tan trastornado el estómago, que echaban a temblar en cuanto veían una levita con galones y dorados.



De esta manera consiguió Emerenciano, vestido con una levita resplandeciente de gelones y dorados, ver a los leones humillados de miedo, apareciendo así ante los espectadores del circo como un domador formidable, aunque no sabemos lo que habría pasado si por descuido se presenta en mangas de camisa.

UNA BROMA MOJADA



...De cómo el ingenioso Pocholo...



...fué víctima de su propia broma.

ABONO PRODIGIOSO



No tengo mucha confianza en este abono que tanto anuncian.



Veremos qué resultado da en esas calabazas, que están atrasadillas.

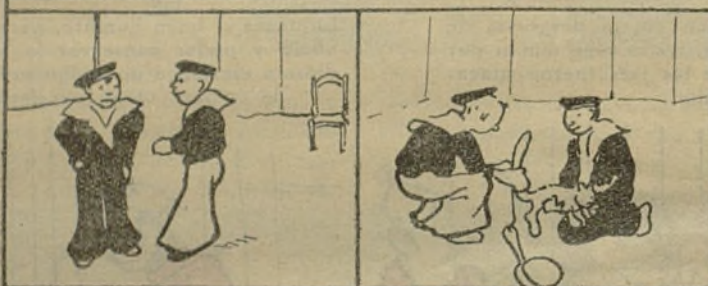


Y vámonos a echar la siesta, antes de seguir trabajando, y...

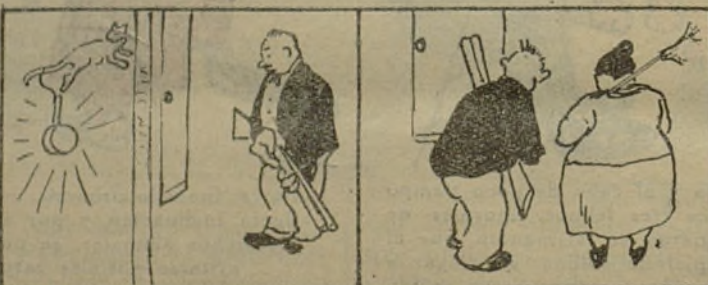


...veremos si se nota alguna diferencia en las calabazas.
(Del "New-York Herald")

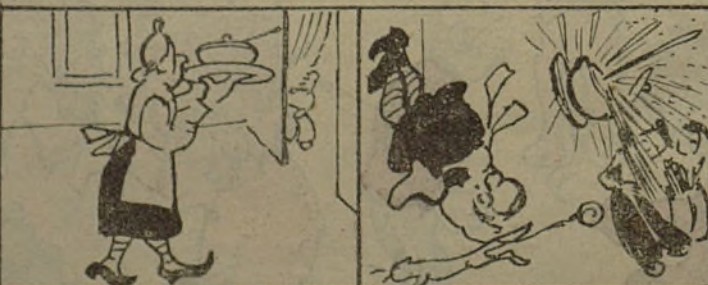
Broma que termina mal



A Pocholo y Ernestín, los dos amiguitos inseparables sus mamás respectivas los habían vestido en traje de marinerito, como obsequio por su éxito en los últimos exámenes. Contentos los dos muchachos y agradecidos, se les ocurrió, sin embargo, realizar una de sus innumerables travessuras, valiéndose del gato de su casa. Fueron en su busca y le ataron una púrtén en la cola. Cómo huyó el animal, no hay por qué narrarlo... El padre de Pocholo, que estaba en

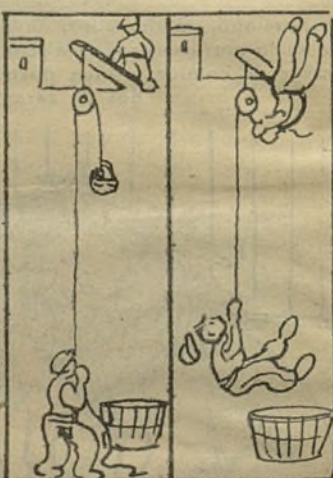


su despacho, al oír aquel estrépito creía que, sin duda, en la casa habían entrado duendes, cogió la escopeta y acudió dispuesto a todo, aunque él no creía en duendes. La madre tuvo también su sobresalto, imaginando que aquello no eran duendes sino demonios y también vino corriendo dispuesta a defenderse con la escoba de cualquier peligro. La única que no hizo caso del estruendo que ocasionaba el gato en su huida fué la sirvienta, porque era sorda de naci-

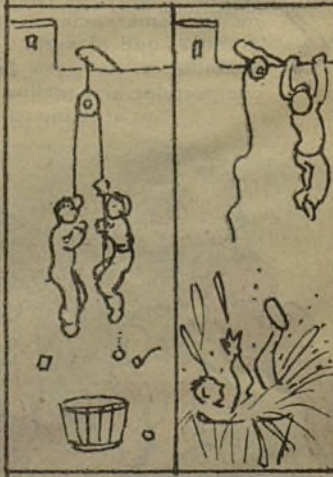


miento. La buena mujer, fiel cumplidora de sus quehaceres, se disponía en aquellos momentos a servir la comida... cuando el felino, corriendo se le enreda entre sus pies y la hace resbalar. Ocurrió entonces que la sopera que traía fuese a parar a la cabeza de Pocholo, sirviéndole de sombrero, quedando él y Ernestín con el traje tan lastimado que daba pena de ver.

HAY QUE ECHAR EL LASTRE



Timoteo y Fermin, peones de albañil, están todo el día sudando la gota gorda, abasteciendo de materiales para una casa en construcción. Timoteo resbala y se hubiera caído al suelo, pero pudo agarrarse a la cuerda y el descenso no fué tan



precipitado. Así se encuentran cara a cara los dos operarios, porque debían pesar igual, hasta que a Fermin se le ocurre echar a la calle su reloj, la pipa y otros chismes y así quedó solucionado el conflicto recibiendo Timoteo un baño inesperado.



EL VALEROSO DETECTIVE

(Continuación)

CAPITULO V. — El alguacil alguacilado

No era tanta la profundidad de aquel abismo como creía Stone Red y sus mismos perseguidores, así es que sólo quedó aturdido por el golpe.

No tardó en volver en sí, y como su sangre fría no le abandonaba nunca, examinó en seguida el terreno para ver el modo de salir de él.

Aquel barranco desembocaba a pocos metros de distancia, en un vallecillo y hacia él se dirigió Stone Red, magullado por la caída, pero animoso como siempre.

Ciertamente, el espectáculo que se presentó a su vista era más que suficiente para compensarle de los peligros y penalidades pasadas.

En un recodo que formaba el valle había un grupo formado



por cinco hombres y en el centro de ellos el sheriff en persona que parecía llevar la voz cantante.

Stone Red no podía oír lo que decían aquellos hombres, pero la discusión debía ser muy interesante a juzgar por la animación de los que la sostenían.

Lo difícil era llegar hasta ellos sin que lo notasen, pero Stone Red no era hombre a quien gustase perder el tiempo, así es que se descalzó rápidamente y andando a gatas entre la espesura, fué a colocarse a espaldas del grupo, pudiéndose enterar de todo lo que hacían y decían.

El sheriff, que parecía el jefe de los otros, estaba repartiendo billetes de banco entre sus subordinados y éstos protestaban porque acusaban a aquél de quedarse con la mayor parte.

Stone Red no necesitó saber más. Levantóse de improviso de su escondite y empuñando una pistola en cada mano, dió el alto al grupo.

La sorpresa de aquellos hombres fué indecible, pero pronto se repusieron e intentaron resistir. Uno de ellos hizo ademán de sacar un arma, pero Stone Red, rápido como una exhalación, disparó su pistola y rompió la muñeca del bandido.

—Esto es un aviso nada más — dijo —. Al que haga el menor ademán, le meto una bala en la cabeza.

—Eso es un atropello — exclamó el sheriff —, y lo pagará usted muy caro.

—Bien, bien, ya lo veremos. Ahora todos al pueblo.

Y desarrollándose la cuerda de la cintura la echó sobre el grupo, que vino a quedar completamente imposibilitado.

—Y, ahora, guiad, que tengo prisa.

A las tres horas llegaban al pueblo, que contemplaba asombrado el extraño grupo.

Los perseguidores de Stone Red, que ya habían regresado, querían apoderarse de él, pero ante la decidida actitud del joven desistieron.

—Estad tranquilos — decía Stone Red —; los verdaderos culpables son éstos y no tardaré en demostrarlo.

En efecto, pronto llegaron a la casa del sheriff y fué fácil a Stone Red demostrar su inocencia y la culpabilidad del sheriff, quien confesó de plano y manifestó que, en efecto, era él el autor de todas las fechorías que tenían amedrantada a la comarca.

La joven María, que desde que conoció a Stone Red, había quedado admirada de su valor y audacia no pudiendo reprimir su curiosidad, le preguntó:

—¿Pues, quién es usted?

—Ya se lo dije el otro día. Soy Stone Red, cowboy, policía, pastor, bandido en apariencia, pero siempre un hombre honrado. No tengo familia ni más amigos que mi caballo y mi lazo, y uno y otro son el terror de los malhechores. Y, ahora, señora María, muchas gracias por la confianza que siempre ha tenido en mí.

—Pero, ¿es que nos deja usted?

Iba a contestar Stone Red afirmativamente cuando su mirada se fijó en el semblante de la joven y pudo adivinar la contrariedad que para María hubieran significado sus palabras. Por esto en vez de responder se permitió preguntar:

—¿Acaso tendría usted miedo si yo me alejara?...

No contestó la joven, quizás algo sofocada por la pregunta que había hecho y se quedó buen rato con la mirada fija en el suelo sin proferir palabra alguna.

Al fin rompió el silencio Stone Red, diciendo:

—¿De veras no tendría usted inconveniente en que yo me quedase con ustedes aceptando el ofrecimiento que me hicieron antes y que les agradezco profundamente?

Intervino entonces Juan Valcamp, el cual dijo:

—Señor Stone, no tan solo sería una satisfacción para nosotros tenerlo en nuestra compañía, sino que creo es una necesidad para los que vivimos en esta demarcación. Se ha portado usted como un valiente y tengo la seguridad de que si se queda aquí no metodearán nunca más los malhechores, que siempre nos han tenido en continuo sobresalto.

Aceptó Stone Red con palabras de agradecimiento y estrechó la mano de Juan Valcamp.

La joven María se había acercado al caballo de Stone y se quedó acariciándolo, en tanto que dirigía una mirada acompañada de una ligera sonrisa al valeroso detective.

El sheriff fué inmediatamente desposeído de su autoridad y le llevaron a la cárcel con sus cómplices para expiar sus culpas.

Desde entonces en aquella comarca reinó la tranquilidad y la gente pronunciaba con respeto el nombre de Stone Red.

EL PERRO QUE SE ESCAPO DE SU CASA



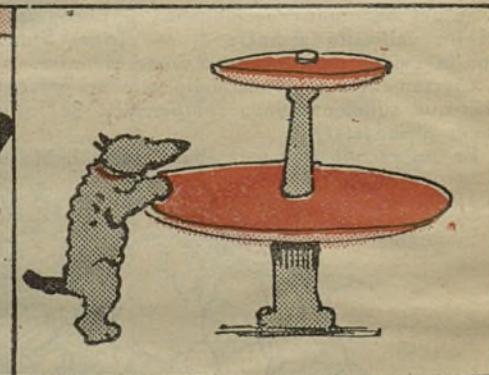
Un día, Dandy, un lindo perrito a quien su ama cuidaba como a un hijo, harto de tantas comodidades y tanto mimo decidió correr el mundo en busca de aventuras. Al encontrarse en la calle emprendió una carrera loca, pero tan poco acostumbrado estaba a la libertad que por poco no perece bajo las ruedas de una de esas bicicletas que son la desesperación de los peatones y hasta de los que van en auto. Pero la

cosa no había tenido importancia. Una pata ligeramente magullada que le hizo cojear un rato y después otra vez a correr hasta salir al campo. — ¡Qué delicioso! — exclamó Dandy al encontrarse en una hermosa pradera esmaltada de flores. — Buena siesta me voy a echar aquí. — Y dicho y hecho. Pero el infeliz Dandy no contaba con la huésped y en su ignorancia de las costumbres campestres se había tumbado sobre un hor-



miguero cuyos habitantes empezaron a morder la fina piel del pobre faldero. Loco por el dolor se revolcaba por el suelo para desprenderse de aquellos modestos insectos, pero como no lo consiguiera se echó de cabeza en un estanque próximo y pudo por fin verse libre de los agresivos animalillos. Empezaba de nuevo a sentirse feliz y estaba a punto de ladrar un himno a la libertad, cuando tuvo la desgracia de trope-

zarse con una pata que nadaba tranquilamente con su distinguida prole. El ingenuo Dandy, creyendo que todos estaban animados de sus nobles sentimientos, quiso jugar con los patitos, pero la madre le clavó fieramente su pico en la cabeza, y ya tenemos otra vez al desgraciado Dandy huyendo como una exhalación para ganar la orilla y con ella un descanso que tenía bien merecido. Por lo menos así lo creía él, pero ya



veremos cuán equivocado estaba. Acordándose entonces de que aún no había estado el agua se dispuso a echar un trago en el preciso momento que se deslizaba una anguila que se suspendió del hocico del pobre Dandy. No tenía nada de agradable aquel apéndice y por más que daba brinco y cabriolas la maldita anguila no soltaba su presa. En aquel momento acertó a pasar por allí un erizo y Dandy tuvo

una idea genial. Con la anguila siempre colgando del hocico se aproximó al extravagante animal que se hizo una bola como es costumbre en ellos. Eso es lo que precisamente quería Dandy que comenzó a sacudir la anguila contra los pinchos del erizo, soltándose por fin. Harto ya de aventuras campestres, hecho una lástima y desfallecido de hambre y de cansancio, decidió regresar al pueblo. Por el camino encontró un



hermoso jardín cuya puerta estaba abierta y como la curiosidad podía en él más que la prudencia se coló en él, llamándole enseguida la atención una hermosa taza de fuente que en el centro tenía otra más pequeña. — Magnífico sitio para descansar, — pensó. — Y de un salto se plantó en el recipiente. Nunca lo hubiera hecho. En aquel momento se le ocurrió al jardinero soltar el agua del surtidor y Dandy se sintió de repente elevado por los aires, cayendo después en la taza grande.

de la que a duras penas logró salir, perseguido de cerca por el jardinero que enarbolaba una escoba de grandes dimensiones. Sin otro contratiempo que un escobazo y más adelante un arañazo de un gato, con el que tropezó sin querer, pudo, finalmente, salir del jardín. Y aquí tenía a Dandy otra vez feliz, descansando en su cómoda camita y jurando por la memoria de todos sus antepasados que jamás volverá a salir a la calle como no sea en brazos de su amita.

LA MINA DE WALTER-ENCUNFF.

CAPITULO V.- EL SECRETO DE WALTER-ENCUNFF



—Soy el Dr. Magnus Walter-Encunff — continuó la extraña figura. — Hasta los 42 años pertenecí al mundo de los vivos, haciendo experiencias científicas y siendo autor de valiosos inventos que fueron aplaudidos por todo el Universo. En mis estudios y averiguaciones con objeto de encontrar un lugar, aunque fuese en lo más recóndito de la tierra, en el que pudiese hacer excavaciones con probabilidades de encontrar una cantera de riqueza para mí, bien fuese alguna mina de oro, plata, platino, cobre, mercurio o algún otro metal precioso, hallé el convencimiento de que en la cordillera próxima a vuestra ciudad y precisamente en el interior de este pico,

podía encontrar mis más magníficos sueños... ¡Oro! ¡oro! ¡oro! — Y el Dr. Magnus empezó, a debatirse como un loco, dando saltos enormes y profiriendo gritos absurdos e ininteligibles, saltándole por los ojos llamas de pasión; las llamas de la avaricia, de la ambición, de la codicia... El atrevido Jack, no pudiendo contener su indignación, le replicó: —¿Y para conseguir sus deseos y la coronación de sus esfuerzos en pro de hallar una riqueza inagotable para Vd., nos arranca a nosotros, niños indefensos, de nuestras casas, para que labremos el porvenir que sus experimentos le hacen ver conseguirá con facilidad? —Si, efectivamente — contestó el Dr. Magnus



a las palabras de Jack. — Me hallo en la más completa convicción de que aquí existe el tesoro por mi apetecido. Si esto lo hago saber a otra persona, pronto se difunde por todos los ámbitos de la tierra y con la excusa de prestarme colaboración, se agregarían a mi obra otros muchos hombres que, como yo y como toda persona humana, albergaría en su pecho las ansias de riquezas, de magnificencias, y tendría, al encontrar la piedra filosófica, que repartir en muchas fracciones el objeto por mi tan deseado como exclusiva. Sin embargo, yo necesitaba la colaboración de otros seres, en bastante número, para llevar a cabo las excavaciones necesarias y prolongadas que

me han de llevar a la consecución del fin que me propongo. Al ver que estas montañas eran frecuentadas por gentes pacíficas que venían a pasar agradables ratos entre la naturaleza y que, entre ellas, existían gran número de cristuras, decidí dedicarme al rapto de ellas, con tal que fueran muchachos de 10 a 15 años, provistos ya de algunas energías para el trabajo. Me sería fácil hacerme con ellos y, una vez bajo mi poder, también es fácil someterlos a mi voluntad; después... cuando yo consiga que un día vuestros picos tropiecen con el oro, yo lo cogeré y marcharé a mi nación, donde resurgiré haciendo ver que mi riqueza la he conseguido en cualquier otra parte



del globo. Seré rey, seré dueño de mi patria. Ante el dinero todo; todos serán mis súbditos... y vosotros, os quedaréis aquí a guardarme lo que quede, para probables viajes que hiciese con propósito de reponer mis riquezas. —¡Magnífica frescura! — exclamó con desparpajo Jack. —¡Muy bonito! — agregó Daniel. —¡Magnífico! — dijo Jaime, haciendo causa común con sus compañeros de aventura. —Bueno, muchachos, os he dado demasiadas explicaciones. Si os las he dado es porque he escuchado con atención la conversación que habéis sostenido sobre Astronomía antes de caer en mi poder

y he visto que érais inteligentes y, por lo tanto, he pensado que entenderíais muy bien mis teorías y, además, aun siendo chicos, os lo he dicho, porque vivo solo, sin nadie a quien comunicar mis pensamientos, y ahora que estáis conmigo los expreso (gracias a Dios! por medio de la palabra, habiendo alguien que me escuche... —Pues maldita la falta que nos hacen esas explicaciones, sabiendo la vida tan perra que nos guarda Vd. — pronunciaron casi a coro los mozaletes. — Fin del capítulo V.

(El próximo capítulo se titulará: "Jornadas de trabajo")



HACE 2200 AÑOS



Los chinos dicen que en su país había profesores de música 2.200 años antes de la era cristiana y que ya se cultivaba por entonces el divino arte.

AL TELEFONO



Oído al teléfono.

—¿Es usted don Blas?
—El mismo.
—Bueno, pues yo soy el que toca el cornetín en el teatro.
—¿Y qué quiere usted?
—Que me diga la hora que es.
—¡Valiente pregunta! ¿A qué viene eso?
—Porque tiene usted en su casa mi reloj, que le dejé ayer empeñado.

LAS MOSCAS



Cada mosca de las que están hibernando ahora tendrá en el mes de mayo siguiente 5.598.720 descendientes.



—¿Qué ha pescado, señor?
—Un resfriado.

LAS OLAS MAS ALTAS



Dicen los marinos que las olas más altas se encuentran en aguas del cabo de Buena Esperanza. Bajo la influencia de una galerna del N. O. se han visto olas que pasaban de 100 metros de altura.

TIO Y SOBRINO



—Tío, esta noche he tenido un sueño delicioso.
—¿Qué has soñado?
—Pues he soñado que usted me había regalado cien pesetas.
—¡Bueno, hombre, bueno!... Quédate con ellas. Te las regalo.

LOS TIBURONES



Los tiburones tienen predilección por la carne de ciertas razas. Mejor se comen a un asiático que a un negro y sobre éstos prefieren a los europeos.

LA DISCIPULA



La discípula. — ¿Necesitaré mucho más para que pueda guiar?
El profesor. — Alrededor de una docena.
La discípula. — ¿Lecciones?
El profesor. — No; coches.

ROMPECABEZAS



¿Dónde está el astrónomo?

Reconvención



—¿No te avergüenzas de estar tres años en una misma clase sin pasar a otra?
—¿Y por qué? Nuestro maestro hace doce años que está en la misma y todos dicen que es un sabio.

caldera tan colosal, que dentro de ella trabajaban cien jornaleros y de uno a otros no se oían los martillazos.

—Hombre, esa es grilla, — dijo el de la berza. — ¿Con qué objeto podían hacer una caldera tan disforme?

—Con el de cocer la berza que visteis en Murcia.

UN DESAFIO



—Valor, amigo mío! Después de todo, las condiciones son iguales.

—No lo crea usted; yo tengo mucho más miedo que mi adversario.

DOS EMBUSTEROS



Decía un exagerador:

—He visto en Murcia una berza tan grande que a su sombra descansaban, durante la siesta, varias cuadrillas de segadores.

—Yo, — contestó el otro que lo oía — he visto hacer una

LAVAR A LOS CERDOS



La limpieza del cutis ejerce un efecto sorprendente en la asimilación del alimento. Se ha probado que lavando los cerdos a diario dan una quinta parte más de carne que los que no se lavan.



HISTORIETA COMICA



1. —Aquí tiene usted su gabinete. Que usted descanse.
—Muchas gracias; igualmente.

2. —Y qué a gusto voy a coger la cama. Es decir, si no hay bichos.



3. —Por la señal...

4. —Mía que me voy a volver tísico de tanto soplar; y apágala... ¡que si quieres!

5. —Cómo, rediós, se apaga esta linternica?

6. —¡Vaya, vaya! ¡Qué tanta solfa! A la mañana me lo dirán.

¿Cuál es el animal que siendo hembra canta, y siendo macho no?

La Cigarra; porque el cigarro no ha cantado jamás.

UN INVENTO



El mayordomo de un hotel de Chicago ha inventado una máquina que lava y seca 45.000 platos en una hora.

¿Dónde hay más pescados, en la tierra o en el mar?

En la tierra; porque los del mar no están pescados todavía.

¿Cuál es el animal más alegre?

El burro, porque es imposible que se-a-burra.

HIPICA



—¿Es la primera vez que monta usted a caballo?

—Si a esto le llama usted montar, sí, señor.

LOS ARABES



En Marruecos no se menciona nunca a las mujeres. Es una grave falta de etiqueta preguntar al moro por su esposa o sus esposas.

¿Qué animales tienen más de dos patas sin llegar a tener tres?

Las aves que tienen dos patas y pico.

El colmo de un pintor: No pintar nada en este mundo.

MADRE E HIJO



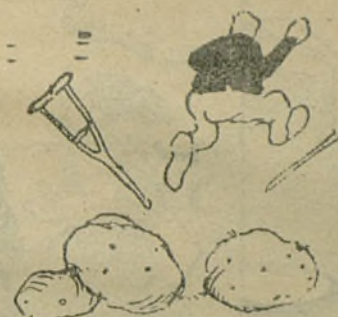
—Aquí tienes este pastel para que te lo partas con tu hermanito; pero hazlo con generosidad.

—¿Qué quiere decir con generosidad?

—Que el que parte tiene que dar el trozo mayor al otro.

—Mira, mamá: dile que lo parta él, porque yo tengo las manos sucias.

LAS PATATAS



Se dice que los trabajadores de Irlanda, que se alimentan principalmente de la patata, no padecen nunca gota.

UN GUAJIRO



Un guajiro que ha poco ha llegado a La Habana, pregunta a otro, también recién llegado: —¿Para ir al cementerio, me haría el favor?

—No tiene usted más que atravesar la calle dos o tres veces y ya se encargará un auto de despacharle para allá.

VAYA DISPARO



—Cuando yo hice fuego, el león estaba lo menos a tres mil metros.

—¿Y dónde le acertó?

—En ninguna parte, pero ¡tengan en cuenta la distancia!

LA RANA



La rana no puede respirar con la boca abierta, por efectos de su peculiar estructura.

Concurso núm. 2

HELIOTROPO
VIOLETA
GERANIO
MUGUET
AZUCENA
GARDENIA
MAGNOLIA

Escoged, niños, una letra de cada uno de estos nombres de flores por el mismo orden en que están escritos y sin alterarlas componed el nombre de un reptil.

Premios para este concurso. — A los niños: Una elegante caja de pinturas a la acuarela con tubos, pinceles, etc. y cinco libros de cuentos con tricromías y dibujos.

A las niñas: Un bonito cesto para labores y otros cinco libros de cuentos.

Condiciones. — Podrán tomar parte en este concurso todos los niños y niñas que compren POCHOLO, siendo indispensable nos remitan las contestaciones antes del día 30 de Diciembre de 1931, acompañadas del boletín que va al final.

Cada niño o niña podrá remitir el número de contestaciones que tenga por conveniente, siempre que cada contestación vaya acompañada de un boletín.

Cuando sean varios los concursantes que nos manden la solución exacta de un concurso, se sortearán los premios entre los mismos.

¿Cuál es la peor ola?
La tercer-ola.

¿Cuál es el colmo de un asesino?

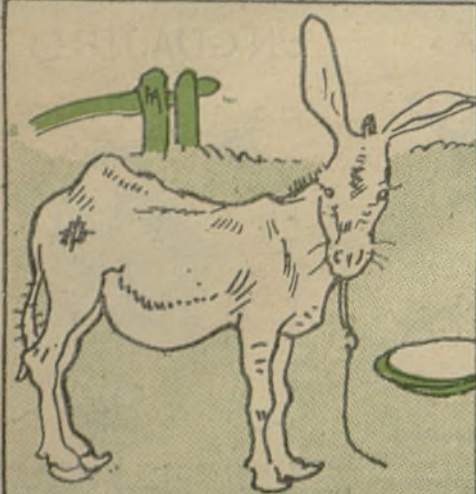
Matar el tiempo.

¿Cuál es el perro más barato?
El can-dado.

BOLETÍN

que debe acompañarse a cada solución que se nos remita para el Concurso n.º 2 de POCHOLO

: BUENA COMPRA :—



Un labrador tenía una burra, que, salvo la edad, que podría ser de 30 años, en lo demás era la más pesada y la más maña trabajadora del pueblo, tenía el pelo completamente blanco y unas orejas que por demasiado largas no le servían; es verdad que en compensación no tenía dientes y se tragaba el salvado de las gallinas como si tal cosa. La cebada se vendió bien aquel año, y el buen labrador, encontrándose

con 500 reales, se fué a la feria, vendió la pobre burra vieja en veinte reales a unos gitanos y con los 26 duros de su capital, se puso a buscar una buena pollina, que es lo que le hacía falta. A los dos o tres días de pasear por la feria, encontró una pollina ¡pero qué pollina! era alta como la burra vieja, pero con unas orejas tan pequeñitas y tan monas como las de un caballo, el pelo negro y lustroso que daba gusto y sobre



todo no tenía dientes pero, ¡qué los había de tener, si estaba mudando! Los gitanos que la vendían hablaban muy alto. —Esta pollina, decían, aún es más joven de lo que parece, porque otra como ella no se encuentra en la feria; y en señalándole los dientes verá usted un portento que no se ha visto en burras jamás. — El labrador se entusiasmó, pidió prestado a un amigo 6 duros y la compró en dos onzas de oro, muy se-

guro de que hacía un gran negocio, y temiendo se le pudiera acusar de haber engañado a los gitanos. Monta en la pollina y con gran asombro suyo, ve que toma la dirección de su pueblo sin habérselo enseñado. —¡Qué diablos! ¿Le habré yo dicho el camino que debe llevar y no me acordaré? ¡Es esto pasmoso! Cuántos hombres no tendrían tanto talento. Llega a casa sin dudar un momento en el camino, entra



en el portal y se va derecha, derecha a recoger los desperdicios que dejaban las gallinas, como hacía la burra vieja y después a su pesebra, como si hubiera leído el testamento y supiese que era su heredera. —Buen Bruno — dijo la labradora —, muy bonita es la pollina, pero hijo, o tiene los diablos en el cuerpo o es cosa de brujería lo que pasa. —Mira, Gregoria — contestó el labrador —, rezando el rosario vengo

todo el camino, porque no he visto pollina más sabia en todos los días de mi vida. En esto, comenzó a llover a cántaros, y como la pollina estaba en el corral principió a marcharse el color del pelo quedando en un Santiamén más blanca que la nieve. Menudo negocio hizo el pobre labrador. La burra era la misma que él había vendido antes.